

¿Serás tú uno de
los afortunados?

el arca

stephen
baxter

Mientras suben las aguas y se desencadenan guerras salvajes por lo que queda de terreno elevado, los trabajos para construir una nave espacial en la que unos pocos privilegiados viajarán hacia un nuevo mundo continúan. Aquellos que vivan, de miles de millones que van a morir, serán los elegidos. Familias enteras son separadas por la fuerza al tiempo que se reúnen los recursos de un planeta anegado para una última apuesta... pero para los pocos supervivientes, el día del lanzamiento será solo el comienzo de otra pesadilla.

El arca es la historia de tres mujeres: Grace, Venus y Holle y su papel en la lucha de la humanidad por llegar a un nuevo hogar.

Dedicado a Mary Jane Shepherd
1955-2009

1
2041

1

Agosto de 2041

Gordo Alonzo y Thandie Jones habían preparado un helicóptero para llevar al grupo del *Arca Tres* de vuelta a la recortada costa de Colorado. A todos ellos menos a Grace Gray, que no iba a ninguna parte.

Grace, a quien Gordo Alonzo sujetaba con fuerza del brazo, observaba cómo el pájaro descendía sobre Cripple Creek y desperdigaba algunas de las chabolas más endebles que poblaban las estrechas calles. El lugar había sido en su día un poblado minero y después un gancho para turistas. Ahora, en la era de la inundación, con el mar que había barrido Estados Unidos bañando las montañas Rocosas, gente sin hogar acampaba en las calles, en los aparcamientos y en los patios delanteros de gasolineras abandonadas; y una ciudad de tiendas de campaña y chabolas se extendía más allá del corazón del viejo asentamiento. La población no parecía tener miedo del descenso del pájaro. Simplemente se apartaron, arrastrando consigo sus mantas y sus cartones.

Thandie llevó a los del *Arca Tres* al interior del helicóptero: Lily Brooke, Nathan Lammockson y el marido de Grace, Hammond, hijo de Nathan, de treinta y cinco años, gordínflón y resentido. Grace se quedaba allí con Gordo Alonzo para que la llevaran a Proyecto Nimrod, al *Arca Uno*, sig-

nificara lo que significara eso. Hammond ni siquiera se dio la vuelta para mirarla.

Gordo, sin embargo, le hablaba sin parar.

—Sabes, algunas partes de este anegado planeta han vuelto a la Edad de Piedra. Pero este es el distrito del NO-RAD. Uno de los pocos lugares del mundo donde los helicópteros son algo común. Por eso la gente no se asusta al verlos. Y créeme que hacemos cosas mucho más exóticas que pilotar helicópteros. Ya lo verás...

Quizá, a su manera, lo que intentaba era tranquilizarla.

Gordo James Alonzo había sido astronauta. Ahora tenía unos setenta y tantos años y estaba calvo, pero seguía igual de erguido y en forma, con el mismo aspecto intimidante y los mismos ojos azules llenos de vida como hacía diez años cuando había aparecido con Thandie Jones en un campamento de la Ciudad Caminante, cuando Grace solo tenía dieciséis años. Bueno, en aquel entonces, Gordo llevaba puesto el uniforme del Ejército estadounidense, y ahora iba vestido con el uniforme azul de las Fuerzas Aéreas. Pero nada de eso importaba a Grace. Él era el vestigio de una época que ella nunca había conocido, tan ajeno a ella como la gente rica del arca de Nathan.

Grace había pasado la mayor parte de su vida viajando con la Ciudad Caminante, quince años andando con su casa a cuestas, como si fuera un caracol o un cangrejo ermitaño. La época anterior a ese hecho, cuando tenía menos de cinco años y era una prisionera mimada de la familia de su padre en Arabia Saudí, era una imagen borrosa, irreal, como los años que había pasado más recientemente en el trasatlántico de Nathan como prisionera, pero de otro tipo. Ahora aquí, una vez más, pasaba de las manos de un extraño a las de otro.

Solo caminar era real, pensaba ella a veces. El pasado, el futuro, el inmenso cataclismo que estaba sufriendo la humanidad, nada de eso importaba si lo único que en realidad uno podía hacer en el mundo era poner un pie delante

del otro, día tras día, kilómetro tras kilómetro. Podría irse. Marcharse con nada más que la ropa que llevaba a la espalda, como había ocurrido con la Ciudad Caminante. Pero ahora tenía a su bebé creciendo dentro de ella, un bebé que ella no había querido de un «marido» al que odiaba, pero suyo a pesar de todo. No quería llevar el embarazo ella sola.

—Se están elevando —dijo Gordo.

El viento de los rotores azotaba el rostro de Grace. Lily Brooke sacó la cabeza del helicóptero y la miró fijamente. Y moviendo solo los labios pareció decirle «perdóname». Entonces Thandie tiró de ella hacia el interior de la máquina y el pájaro subió suavemente.

—¿Estás bien?

Grace estaba enfadada consigo misma por mostrar debilidad, enfadada con Lily por haberla manipulado y abandonado.

—¿Tú qué crees? —le espetó ella.

Gordo se encogió de hombros.

—Te han dejado aquí para que tengas la posibilidad de entrar en el *Arca Uno*. Una oportunidad para llevar una vida mejor que la que cualquiera de ellos tiene ahora por delante, sobre todo si es verdad lo que dicen de que su barco se ha hundido.

—Ni siquiera sé qué es el *Arca Uno*.

—Lo sabrás.

—No volveré a verlos nunca más.

—Supongo que no.

—Una vez más sola, con extraños.

Él suspiró, echó hacia atrás su gorra de plato, y se rascó la cabeza.

—Igual que todos nosotros. El mundo entero está fastidiado, niña. Al menos aquí podemos hacer algo. —Miró a su alrededor. El polvo que había levantado el helicóptero ya se estaba asentando y la gente sin hogar comenzó a volver al lugar que habían despejado, como agua que se acu-

mulaba en una hondonada. En unos minutos no quedaría señal alguna de que un helicóptero había descendido en ese lugar—. Bueno, ya está. Vamos, te sacaremos de aquí.

Él le soltó el brazo y atravesó la ciudad en dirección a los coches que esperaban.

Ella lo siguió. No tenía elección.

2

Subieron a un todoterreno y el convoy partió con un suave runrún de motores eléctricos. Aquella pequeña flota de coches, con los logotipos del Departamento de Seguridad Nacional y del Ejército de los Estados Unidos, había traído aquí a la tripulación del Arca desde la costa. El convoy enseguida se dividió; los coches se separaron, dejando que el vehículo de Gordo y otro más abandonaran la ciudad dirigiéndose a ritmo constante hacia el norte, y bordeando las laderas de Pikes Peak.

Gordo iba sentado con Grace detrás de una joven uniformada que conducía el todoterreno. Él señaló hacia delante; la carretera era un buen camino a través de las montañas.

—El trayecto durará unas horas. Esto es la montaña, las montañas Rocosas. Estamos siguiendo la antigua carretera estatal hasta la US 24 en Divide, desde donde nos dirigiremos hacia el oeste. Giraremos en dirección norte en Hartsel y nos dirigiremos hacia Fairplay, y estaremos entonces a solo unos kilómetros de Alma, que está al sur de Hoosier Pass.

—¿Es ahí adonde nos dirigimos? ¿A Alma?

—Solo es un pueblo minero. O lo era. No sé si estos nombres te dicen algo.

—Nunca hemos hecho ese trayecto.

—Ah, con tu grupo de Oklahoma.

—La Ciudad Caminante. Teníamos mapas de los tiempos pasados. Pero en el Arca Tres había mapas informatizados. Y actualizados. —Los mapas generados por el ordenador del barco que mostraban las consecuencias de una inundación que ahora se acercaba a los mil ochocientos metros desde el nivel del antiguo mar, mapas del archipiélago que era un vestigio de los estados de las montañas Rocosas—. La inundación comenzó justo cuando nací yo. No recuerdo cómo solía ser este país.

Siempre había que explicárselo a la gente mayor, que se aferraba a imágenes de lo que una vez fue.

Cuando llegaron a Divide, vieron que simplemente era otro pueblo. Fuera lo que fuera lo que había sido antes de la inundación ahora estaba atestado de postergados como ocurría en los demás sitios. Una malla metálica cercaba la carretera. Mientras pasaba el pequeño convoy, la gente salía de sus cabañas y tiendas para mirar. Grace vio que los soldados que iban en el todoterreno de delante iban armados.

Los dos vehículos se dirigían a ritmo constante en dirección oeste, a través del Ute Pass que medía más de nueve mil pies de altura, según Gordo. Todo parecía reducirse a pies, pulgadas y millas con Gordo el astronauta. Gary Boyle, el científico que la había criado le había enseñado a medir su mundo en metros y kilómetros.

Las montañas tenían un aspecto desnudo y pardusco. Hacía años que no nevaba en ese lugar. Mientras atravesaban una diminuta comunidad llamada Florissant, Gordo le hablaba de un parque de fósiles que estaba cerca, lleno de secuoyas petrificadas de más de treinta y cinco millones de años de antigüedad. Ahora, decía él, en él hay más gente que fósiles.

Entonces, en Wilkerson Pass, se abrió ante ellos la visión de los altos prados de South Park, y la carretera parecía continuar por aire.

—Dios mío —dijo Gordo de repente—, mira qué vistas. Sabes, no me entra en la cabeza que algo así pueda quedar anegado por una milla de jodida agua salada. Supongo que por eso trabajo con tanto ahínco en Nimrod, para intentar salvar algo de esto, la esencia al menos. Balancearse de un lado a otro en una balsa que se cae a pedazos no será lo mismo.

Grace se lo quedó mirando. La mujer que iba al volante mantenía la mirada fija en la carretera, como si no hubiera oído su arrebató.

Gordo se relajó y se rió de sí mismo.

—Lo siento. ¿Me estoy comportando como un guía turístico?

Ella frunció el ceño.

—No sé qué es eso.

—Está bien. Me han dicho que eres una princesa.

—A mi madre la violó un príncipe saudí durante su cautiverio. ¿Eso cuenta? Si es así, sí soy una princesa. Y usted fue astronauta.

Él asintió con su cabeza con forma de bala.

—Supongo que lo sigo siendo, si sigo tu razonamiento. Volé al espacio una vez, a la EEI.

—¿Adónde?

—A la estación espacial. —Señaló el cielo—. Pero después de eso, mi carrera profesional se jodió por culpa de la inundación. Bueno, aunque me vea obligado a quedarme en tierra, aquí he encontrado algo que merece la pena hacer.

—No tiene nada que ver conmigo. Y yo no lo pedí.

—Puede que no. Pero nosotros tampoco te buscábamos. Mira, están llevando a cabo un proceso de selección para recién llegados al proyecto. Como dijo Thandie en Cripple Creek, eres en verdad mejor candidata de lo que habría sido tu marido, respecto a los criterios de Nimrod. Has mostrado que tienes habilidades propias para la super-

vivencia. Lo he visto con mis propios ojos. ¿Cuántos años tienes?

—Veintiséis.

—Bueno, de la tripulación serás una de los mayores, si lo logras. ¿Alguna creencia religiosa?

—En la Ciudad Caminante había curas, rabinos, imanes...

—No me refería a la Ciudad Caminante. Me refería a ti.

—No. No soy religiosa.

—Muy bien. Los ingenieros sociales están intentando que la tripulación sea una sociedad totalmente laica. Ellos creen que minimiza las posibilidades de divisiones y conflicto. Bueno, lo iremos viendo. Y por cierto, Thandie tenía razón cuando dijo que a los seleccionadores les gustan las mujeres embarazadas. Con una mujer encinta a bordo tienen dos conjuntos de genes en uno. Lo tuyo será más fácil.

—Lily Brooke lo planteó así —dijo Grace, mientras sentía cómo la invadía de nuevo la amargura. Había dilucidado aquello durante las horas posteriores al momento en el que dicha mujer la había entregado a Gordo, había revaluado todo lo que le había ocurrido durante los últimos meses y años en el *Arca Tres*. Todo había sido manipulación de Lily —. Ella amañó mi relación con Hammond para que Nathan me tratara con favoritismo. Incluso creo que me programó el embarazo para que así tú marcaras otra casilla en tu tabla.

—Y lo hizo por...

—Lily estuvo cautiva con mi madre. En Barcelona, España. Yo nací allí, en un sótano, con mi madre esposada a un radiador. Lily se siente obligada por eso.

—No le estás muy agradecida.

—Lily me controla. ¿Quién querría eso?

Él hizo un gesto con la mano.

—Bueno, nada de eso importa ahora. No volverás a verla nunca más. Estás aquí, esta es la situación a la que te en-

frentas, comoquiera que llegara aquí. Lo único que importa es adónde te diriges.

—¿Y si decido no acceder a su proyecto?

—Entonces no podrás quedarte con nosotros. Ni tú ni tu hijo. No podemos alimentarlos.

3

Atravesaron un último pueblo, Faifplay, donde un museo al aire libre de viejas estructuras de madera de los campamentos mineros había sido colonizado por los refugiados. Gordo dijo que el museo había sido mucho más extenso, pero la madera era un bien preciado.

Entonces siguieron las señales hacia Hoosier Pass por una carretera en buen estado, hasta que entraron por fin en Alma. Detrás del lugar surgía una enorme montaña llamada Mount Bross, en cuyas laderas se extendía un bosque de pinos, deteriorado ya por la tala de sus árboles. Originariamente, el pueblo era poco más que un puñado de edificios en forma de bloque a cada lado de la carretera, agrupado entre oxidadas señales de límite de velocidad. Pero se habían añadido unas instalaciones más nuevas y amplias alrededor de lo que ya había, unos bloques de cristal y hormigón desnudo.

Los coches salieron de la carretera y tomaron una pista de tierra; se detuvieron delante de un bloque anónimo. Sobre una pesada puerta de metal había algo pintado con una letra clara: «Génesis 11, 6. Nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer». Por extraño que pareciera, delante de la puerta había un columpio de metal y plástico brillante.

La conductora salió para abrir la puerta de Gordo, a quien saludó enérgicamente.

Este llevaba un móvil pegado a la oreja.

—Eh, Holle. Qué bien que te pilló. ¿Te importaría salir fuera? Hay alguien a quien quiero que conozcas. —Guardó el teléfono—. No parece mucha cosa, ¿verdad? Pero recuperamos muchas de las instalaciones que la NASA tenía en Houston. Centros de control de comunicaciones, de entrenamiento. Hay incluso un pequeño reactor nuclear. Lo trajimos todo hasta Alma, un pueblecito minero. ¿Y sabes por qué? Porque Alma, que está a diez mil trescientos sesenta y un pies sobre el nivel del antiguo mar, es el municipio más alto de Estados Unidos.

La conductora, una mujer no mucho mayor que Grace, dijo:

—En realidad, eso no es del todo cierto. Mi madre nació cerca de aquí y dijo que ahora el título lo ostenta Winter Park...

Gordo hizo un gesto con la mano para quitarle importancia a ese comentario.

—Lo único que Winter Park tiene por encima de Alma son sus telesillas, así que al diablo con eso, Cooper.

—Lo siento, señor.

—Grace, a veces el Gobierno funciona de forma sencilla. Los que toman las decisiones querían que este complejo sobreviviera el máximo tiempo posible, por muy mal que se pusiera la inundación. Así que ¿dónde construir? Uno va al libro de registros y busca el pueblo más alto de Estados Unidos y por esa razón una parte importante del proyecto federal más caro desde el traslado a Denver se trajo a este pequeño pueblo de montaña de doscientas almas. Mira, yo vivo ahí. ¿Ves el bloque que hay detrás de la iglesia de piedra? Algunos de nosotros rezamos ahí los domingos.

—¿Qué complejo? ¿Qué es este lugar?

La puerta se abrió. Apareció una joven, delgada, no muy alta, pálida y con el pelo muy corto y pelirrojo. Llevaba un mono rojo y azul chillón, con teléfonos y otros chismes metidos en los bolsillos. Era joven, veintiuno, veintidós